

HOMENAJE A UN MAESTRO

Al académico de Honor

Excmo. SR. D. FERNANDO CHUECA GOITIA

ALVARO GÓMEZ-FERRER BAYO
Académico de Número

*Mi querido y admirado D. Fernando
Excmas. e Ilmas. Autoridades
Ilmos. Srs. Académicos
Srs. y Sras.*

Desde el mismo momento en que la Junta General de la Academia de San Carlos propuso realizar una serie de homenajes a sus Académicos de Honor, yo sabía que por fin iba a llegar el día para mí esperado en que podría devolver a Don Fernando Chueca de alguna manera, unas palabras de valoración, siempre más modestas que las que él me dirigió cuando aceptó realizar el discurso de contestación a mi entrada como Académico de Número de San Carlos el día 3 de junio de 1986. Recuerdo con una cierta nostalgia aquel discurso sobre la obra del arquitecto Manuel Tolsá en la Nueva España, y la precisión y el conocimiento que de la transición barroca y del neoclasicismo tenía don Fernando. Quizá se debía a que estábamos tratando un tema para él muy querido que había reflejado años antes en su libro *Varia Neoclásica*. Nuestra común pasión por México nos hizo coincidir allí hace unos años, en un ciclo de conferencias sobre las Academias de San Carlos de Valencia y México, que se tenían en el museo, frente al Palacio de Minería y a la estatua del caballo, las dos grandes obras de Tolsá.

Su conocimiento de los artistas valencianos y de los que formaron el primer cuerpo directivo de la Academia de San Carlos en México, así como de la formación de las Academias borbónicas punteó con gran maestría mis reflexiones sobre la arquitectura de Tolsá.

Han pasado pues 14 años. Nos encontramos en el mismo lugar, en el mismo mes al final de la primavera, sólo unos días después de la partida definitiva del pintor Francisco Lozano, también Académico de Honor, con el que Fernando Chueca tenía estrechos lazos de amistad y a quien por razones

obvias de cariño filial no puedo dejar de recordar en este acto. Como también quiero recordar a nuestro Presidente de Honor D. Felipe Garín, gran amigo de D. Fernando quien a través de mis palabras quiere también sumarse a este acto.

Mis recuerdos se trasladan al principio de los años sesenta. Al poco de ingresar en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, recibíamos las primeras enseñanzas de Historia de las Artes Plásticas por parte de Angulo Iñiguez el primer año, para introducirnos el año siguiente en la Historia de la Arquitectura, guiados por la enorme sabiduría histórica y arquitectónica de Fernando Chueca.

Aquellas enseñanzas fueron para mí, sin duda, como para muchos de mis compañeros, el lugar de encuentro de la arquitectura entendida como disciplina artística y técnica, con una presencia de la historia que Chueca hacía revivir de forma creativa.

La manera de explicar aquella historia de la arquitectura y, por qué no también, aquella arquitectura de la historia, tenía su fundamento, me parece a mí, en la asimilación que Don Fernando hizo de las enseñanzas de sus maestros arquitectos historiadores Don Manuel Gómez Moreno y Don Leopoldo Torres Balbás de quien fue discípulo, colaborador, ayudante de docencia y gran amigo. Enseñanzas que nacían de la forma con la que aquellos habían sistematizado sus estudios arquitectónicos, a partir del conocimiento directo y exhaustivo de la arquitectura y de los monumentos, como puede comprobarse leyendo la extensa obra de Torres Balbás sobre la arquitectura islámica o su obra póstuma "Ciudades Hispanomusulmanas".

Al llegar a este punto no puedo dejar de mencionar dos importantes creaciones de Chueca: una personal y la otra guiando un importante grupo de arquitectos que decidió pasar página a la primera

Discurso de homenaje al Académico de Honor Excmo. Sr. D. Fernando Chueca Goitia en acto celebrado el día 9 de junio de 2000 a cargo del Académico de Número Ilmo. Sr. D. Alvaro Gómez-Ferrer Bayo.

década de posguerra y buscar un punto de apoyo en el que fundamentar la renovación arquitectónica española.

La primera de ellas es su famoso libro: *"Invariantes castizos de la arquitectura española"*, publicado en 1947, en aquellos años duros para él en los que fue prácticamente apartado de la práctica profesional como represalia del bando vencedor frente a los arquitectos que se encontraron al comienzo de la guerra en zona republicana. Como él mismo dice quizá esa situación favoreció su vocación de historiador y escritor. En aquel libro Chueca trató de encontrar la esencia de la arquitectura española. Para ello se apoyó en el pensamiento de Unamuno que ejercía en él auténtica fascinación y cuya filosofía de la *Tradición Eterna* le permitió ahondar en la búsqueda de los elementos constitutivos de la específica historia arquitectónica española.

La segunda fue la publicación del *Manifiesto de la Alhambra*, publicado en 1953 por la Dirección General de Arquitectura y en el que Chueca asumió la doble responsabilidad de redactar el texto de la convocatoria, para reunir en aquel lugar a un nutrido grupo de arquitectos, y sobre todo la redacción del texto final. Es casi imposible imaginar ahora la importancia de aquella reunión, aparentemente una más dentro de la serie de Sesiones de Crítica de Arquitectura que organizaba la Revista Nacional de Arquitectura, y que venían siendo coordinadas por los arquitectos Carlos de Miguel, Luis Moya, Miguel Fisac y Fernando Chueca.

El Manifiesto, como hemos dicho, fue un revulsivo frente a los criterios de la arquitectura oficialista que dominó la mayor parte del panorama arquitectónico español de los años cuarenta, pero sobre todo fue una declaración colectiva de intenciones de los arquitectos madrileños algunos de los cuales habían dominado la escena oficial, para el reencuentro con la modernidad, y ello desde unas bases estrictamente arquitectónicas. Es por ello que entre los *Invariantes* y el *Manifiesto* hay una correlación de pensamiento, que supone un insólito ejercicio intelectual.

De entre la numerosa obra escrita de Chueca, además de la antes citada, me gustaría traer a colación aquella que como arquitecto más he manejado personalmente, me refiero a la *Historia de la Arquitectura Española - Edad Antigua y Media*, de 1965, libro que rápidamente se agotó, la *Breve Historia del Urbanismo*, de 1968, la *Historia de la Arquitectura Occidental* de 1974, y *La destrucción del legado urbanístico español*, publicado en 1977, y donde

Chueca, en un apéndice, se atrevía a clasificar las ciudades españolas en función de los distintos niveles de pérdida de su patrimonio, tanto arquitectónico como urbano.

No se puede dejar de citar sus obras monográficas sobre *Juan de Villanueva* -premio de la Real Academia de San Fernando en 1940- y sobre *Andrés de Vandelvira*, o sus publicaciones también monográficas sobre la Catedral de Valladolid, la Catedral de Salamanca, el Museo del Prado, Madrid y los sitios reales, el Escorial, etc., así como sus artículos sobre los arquitectos, Ventura Rodríguez, Torres Balbás, Juan de Herrera, sobre los pintores, Velazquez, Goya, Bonnard, Tapies, Lozano, entre los muchos que ha escrito sobre artistas, o aquellos que se refieren a temas varios como, las Murallas de León, el Palacio de Linares en Madrid, la Ciudad galdosiana, los arquitectos y la filosofía, Arquitectura Musulmana Peninsular, *Invariantes de la arquitectura Hispanoamericana*, etc, etc.

Su estilo literario ha sido siempre sencillo y asequible. Como el mismo reconoce, debe a su padre, atento a todo lo que le rodeaba, su formación de escritor, de él recibió consejos y fue quien le animó por ese camino. Tenía su padre la costumbre de leer en familia el *Quijote* o los *Episodios Nacionales* de Galdós, de tal forma que ello conformó un ambiente intelectual en el cual creció D. Fernando

Tuvo siempre una intensa y profunda relación con intelectuales como Dionisio Ridruejo, el arquitecto y poeta Luis Felipe Vivanco, el filósofo Julián Marías, Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, así como con muchos artistas dada su conexión con las artes plásticas desde su cargo de Director del Museo de Arte Contemporáneo, cargo para el que fue nombrado en 1958. De hecho, y a través de su profunda amistad con Francisco Lozano, tuvo ocasión de tratar a Chueca más allá de mi relación como alumno. Esa relación con otros artistas se acrecentó con su ingreso en 1973, como Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Este ingreso ha venido acompañado de una larga lista de Academias tanto de España como de otros varios países, que se honran contando entre sus miembros a D. Fernando. La nuestra de San Carlos lo nombró académico correspondiente en diciembre de 1963, y más tarde en abril de 1984 Académico de Honor.

Pero ya en 1966 había ingresado como Académico de Número en la Real Academia de la Historia de Madrid, quedando reflejado así pues de forma

institucional, esa doble faceta de historiador y de arquitecto que le caracteriza.

Chueca asumió en ambas Academias la función de documentar muchos de los informes y expedientes para la declaración de edificios de alto valor arquitectónico como Monumentos, y lo hizo en las dos vertientes que la antigua Ley del Patrimonio Español pedía a las Academias tanto a la de Bellas Artes de San Fernando como a la de la Historia. Yo que colaboré en algunos de esos informes para San Fernando, soy testigo del rigor y profundidad tanto del análisis arquitectónico como de la documentación histórica que manejaba D. Fernando para evaluar aquellos monumentos. Como fui testigo también en algunas de las juntas de la Academia de San Fernando a las que tuve ocasión de asistir, de la ponderada postura de Chueca en la presentación y discusión de asuntos conflictivos que la Comisión de Monumentos de la que él formaba parte llevaba a las mismas, y en las que con su enorme experiencia fijaba siempre criterios rigurosos para la salvaguarda de nuestro patrimonio.

Habiendo formado parte del servicio de Monumentos y Conjuntos de la Comisaría Nacional del Patrimonio Artístico como arquitecto jefe, Chueca tuvo ocasión de intervenir en numerosas restauraciones de monumentos en el País Vasco, en Aragón, en Castilla especialmente en su querida Toledo, en Andalucía y aquí en Valencia. Su actuación en la Catedral junto con otros arquitectos como Pons Sorolla y Ramiro Moya acompañados por nuestro recordado Luis Gay, supuso la recuperación de la estructura original gótica en las naves principales de la misma, manteniendo las intervenciones neoclásicas en la girola y en las capillas laterales.

Dos intervenciones tuyas de gran rigor y calidad fueron las restauraciones llevadas a cabo en la Real Academia de la Historia, y especialmente en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, como también es de destacar la importante restauración de la casa de las siete chimeneas en Madrid, que actualmente ocupa el Ministerio de Cultura.

Sin embargo, a Chueca siempre se le conocerá como el arquitecto de la última Catedral del siglo XX. En 1944 obtuvo el Premio Nacional de Arquitectura por su proyecto para la terminación de la Catedral de Nuestra Señora de la Almudena en Madrid. Las obras de esta catedral habían comenzado en 1883, y quedaron paralizadas en 1922. Se reanudaron en 1950, según el proyecto de Chueca, que acomodó el estilo de la misma, a las líneas

barroco-clasicistas del Palacio Real de Madrid, inmediato a la misma, suavizando a la vez el estilo gótico interior del proyecto del Marques de Cubas.

Ha sido también arquitecto no solo de restauraciones monumentales, sino arquitecto de obra nueva. Sus intervenciones están presentes en muchas partes de la geografía española, aunque se emplazan preferentemente en los ámbitos a los que antes nos hemos referido, especialmente en Madrid, Toledo y el País Vasco. Obra siempre relacionada con la idiosincrasia del lugar, y realizadas con gran respeto en el empleo de los materiales en su aspecto más autentico.

La otra gran preocupación de Fernando Chueca ha sido la del urbanismo y la sociología urbana. Ya en 1951 obtuvo una beca para ampliar estudios de esas materias en Norteamérica y a su regreso fue profesor de Historia del Urbanismo en el Instituto de Estudios de Administración Local en lo que constituyó el Centro de Estudios Urbanos y donde se formaron muchas generaciones de urbanistas españoles e iberoamericanos, en unos cursos interdisciplinarios avanzados en el tiempo a los cursos de especialización actuales. En los años 1955 y 1956 fue profesor en el Instituto de Estudios Políticos de la asignatura de Sociología Urbana. Su actividad docente se desplazó al Colegio de Europa en Brujas y más tarde a la Universidad de Lovaina en el Centro de Estudios Raymond Lemaire para la Conservación del Patrimonio, centro de gran prestigio en esa materia y que ha formado a muchos especialistas europeos en conservación.

Yo no quisiera que estas palabras mías fueran solamente un recorrido por la enorme y dilatada creación intelectual de mi maestro ni menos una enumeración de todos sus méritos que sería imposible cubrir en estos breves momentos. A mí me gustaría que D. Fernando pudiera sentir en esta sesión de homenaje y en este lugar académico que él tanto aprecia todo el cariño y la admiración de sus compañeros de institución.

Para todos nosotros Chueca ha sido un referente en su amor por el Patrimonio; un luchador por las libertades, actitud que le condujo desde su pensamiento liberal hasta una posición de compromiso político, refrendada con su elección como senador, en las primeras Cortes Constituyentes; un maestro que ha creado y dejado escuela siguiendo a su vez el camino que le marcaron otros grandes maestros de la historia; una persona fiel a sus principios y compromisos, que le ha hecho estar presente, de

una forma activa en la vida institucional de muchas de las asociaciones a las que pertenece.

Ha aceptado cargos en organismos en los que él ha sido el motor de su revitalización, como ocurrió en los años en los que fue presidente del Instituto de España, organismo que agrupa las diferentes Academias Nacionales y al que pertenece como academia asociada la nuestra de San Carlos.

Desde 1995 es Catedrático Emérito de la Escuela de Arquitectura de Madrid, y miembro del Colegio Libre de Eméritos. En 1996 leyó su discurso de ingreso en la Real Academia de Doctores, y en 1998 el Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España le concedió la Medalla de Oro de Arquitectura reconociendo con tan prestigioso galardón su trayectoria profesional y su labor de investigación.

Su curiosidad insaciable por la arquitectura y por la historia le ha llevado a recorrer muchos países, especialmente de Europa e Iberoamérica, donde ha dado conferencias y cursos en muchas de sus universidades. Y esto no solo en tiempos pasados, pues he tenido conocimiento de su envidiable vitalidad, puesta a prueba con su presencia activa en el congreso de la Unión Internacional de Arquitectos celebrado en Pekín el año pasado.

Creo que siempre se podrá decir que Chueca ha sido un hombre generoso, afable y bondadoso, tanto como gran arquitecto. Ha ayudado a artistas, ha enseñado a generaciones de arquitectos, ha creado escuela, y ha dado buen consejo siempre a quienes se han dirigido a él. Como dice Julián Marías en su semblanza de D. Fernando "Es uno de los españoles más interesantes de nuestro tiempo", y lo afirma porque "Tiene una realidad mayor que la habitual". Ciertamente, Chueca es un intelectual, un profesional, y además una persona abierta a todo, enormemente activa y difícil de clasificar, y por tanto alguien que, como dice Marías, puede desorientar en esa necesidad que tenemos los humanos de encasillar a las personas.

Sin embargo, a los que tenemos una cierta vocación humanista y amplia de la profesión, y a los que entendemos la vida como una complejidad inabarcable, misteriosa y a la vez fascinante, la figura de Fernando Chueca nos es muy cercana y la apreciamos de forma muy especial, por cuanto nos marca un camino y una forma de ser.

D. Fernando, para mi ha sido un honor haber podido dirigirle estas palabras en nombre de mis compañeros de Academia. Reciba todo mi afecto.